

# UN MILAGRO DE "JUANA ARCO EN LA HOGUERA"

Especial para "MARCHA"

NO vamos a entrar, malgrado el título elegido en el terreno de la mística —que nos fuera tan propicio en estos días oscurecidos que vivimos—; ni en el terreno del juicio literario; ni aún, tan tentador, en el terreno del análisis de esa conjunción armónica entre palabra y música que realiza a maravillas el poema de Paul Claudel con música de Arturo Honegger. El milagro, dicho llanamente, es el de una realización magnífica, en todas sus facetas, de esta difícilísima obra, por la Dirección del SODRE. Milagro, porque produjo en un ambiente que creíamos de toda parvedad artística para esa prueba, un espectáculo de tal calidad artística que pudiera haber pasado con dignidad en los altos estrados europeos. Milagro artístico, porque pudo ofrecer sin descalabros ni grietas una obra empapada de belleza, vertida con todo rigor en la purísima lengua de Molière. Milagro de juventud, digamos, que, plena de entusiasmos, supo agrandarse hasta lo increíble cuando fué conjurada para entregar, en el dulce abandono artístico, su inagotable caudal de emociones.

Hacia tiempo que nos tentaba este gran éxito de nuestra escena lírica para tejer diversos comentarios. No es tarde aún para hacerlo. La última repetición de "Juana de Arco en la Hoguera" —inmerecido regalo para una distraída legión diplomática— ha vuelto a enardecer nuestro empeño en prolongar con el elogio el éxito de unas horas. Nuestro comentario —que no va a llegar al erudito análisis de la obra— va a insistir en una cosa, ya dicha, y que nos dejó sorprendidos. Y es toda la riqueza, toda la fuerza que la juventud lleva en su entraña y que le puede ser arrancada, no por la tentación del oro ni de la fama, sino por el leal llamado a abrirse en el encendimiento de su fuego prendido por la llama del arte.

El espectáculo teatral alcanzó tan alto punto de calidad artística, que nos parecía estar viviendo pasados días de lejanos y emocionados viajes. No era nuestro Montevideo rutinario y apocado. Un aire de vieja y refinada Francia nos envolvía. Un aire que no lo creaba solo la palabra alada vibrando en las poéticas sentencias de Claudel, sino que venía de todo el conjunto. Era Juana de Arco, la estatuilla de pálido marfil atada al leño sobre la hoguera, llorando con patético acento su martirio. Era el hermano Dominique, de amarga y cavernosa voz aclarando la faz terrena del suplicio. Era el coro, a la manera griega, sumido en la sombra gris de la tragedia, haciéndole un eco inmenso al terrible drama. Eran los cantantes, los recitantes y el cuerpo de baile, teatralizando con la genial innovación de Claudel los distintos episodios a través de simbólicas versiones. Era la orquesta envolviendo la tragedia en el aire vibrante de su masa sonora. Era la palabra, la música, el color, el movimiento en la más rigurosa síntesis para dejar triunfar como en un solo llanto, el lloro triste de la doncella sobre la pira ardiente. Una sola imagen iluminada en el centro, de pálida carne virginal, como una estampa gótica, clamando sola su dolor. Y rodeándola, siempre en segundo plano, siempre en gris, la falsedad y la mezquindad humana, expresadas a través de las más audaces trasposiciones teatrales.

De ese triunfo logrado en una escena nuestra —totalmente nuestra, si admitimos que el maestro Baldi en su larga labor junto al SODRE se ha vuelto un poco un maestro nuestro— debemos deducir ciertas conclusiones. Así, pensando en nuestra juventud, ansiosa por officiar en el divino mis-

terio del arte, debemos tratar de descubrir el Norte de su destino.

Esta gran lección de "Juana de Arco en la Hoguera" nos lo muestra. De ahí, entre otras muchas reflexiones, en solo dos vamos a detenernos, que bien comprendidas pueden servir de base para formalizar una disciplina de orientación artística. Primero, la facilidad de comprensión de la cosa foránea, canto, palabra, música, cuadro o estatua. Un anhelo por penetrar, por sentir la emoción que entregan y han entregado los grandes pueblos creadores; y de revivirla, haciéndola cosa propia al pasar por el claustro de almas estremecidas. Una despierta avidez por absorber la cultura viva que, viajera de los océanos, nos acerca una Europa renovada. Después la posibilidad de poner a prueba los mejores esfuerzos, dando juego a sus facultades libres, sin presión ni atadura de escuela, academia o universidad, para que alcance sus triunfos en la más noble ansiedad de darse.

De esta lección derivamos, casi como una prueba palpable, dos afirmaciones. Una, de que la formación espiritual de la juventud nuestra, debe hacerse con un aporte vivo, permanente, actualizado y seleccionado de la creación pasada y presente de una Europa inmensa que nunca cayó, y que hoy persigue un nuevo molde para su cultura. Y después que en arte, si cabe admitir las legítimas jerarquías, las del talento creador, no es necesario enredar falsas jerarquías en organismos oficiales creados y con grandes títulos, para orientar la juventud. Una enseñanza libre, en toda libertad de doctrina, que nos llegue de todos los confines civilizados, no para el goce snobista y fugaz, sino para ser revivida, en el calor de una nueva vida. Y una enseñanza, también libre, en toda su libertad e independencia de escuelas o academias oficiales, conquistada por el esfuerzo aislado, a veces heroico, silencioso y persistente. Expresada más en síntesis aún, la afirmación nuestra: exaltación de la juventud, dándole para su alimento espiritual el pan de un arte extranjero y consagrado por las nobles vías de los sabios y sostenidos esfuerzos privados.

Tratemos de unir tales premisas con el acontecimiento artístico elogiado. "Juana de Arco en la Hoguera", con su indiscutido triunfo, nos mostró eso que decimos: la juventud que toma una prenda extranjera, bien extranjera en su espíritu, en su lenguaje, en su médula artística y que la recrea con tal pasión, con tal pureza, que podría llevarla con dignidad frente a los mismos creadores de la obra.

¿De dónde salió esa juventud que ayer no conocíamos? ¿Acaso de academias, de conservatorios, de escuelas oficiales? No lo sabemos. Salió de una institución cultural, de una escuela o taller privado, de un lado y de otro lado. Allí, en la paciencia de las largas horas del trabajo, oculta y silenciosa, había crecido madura y conciente para cuando se la convocara para encender la llama.

Es ésta, entre otras muchas, la lección que arrancamos del espectáculo de ayer. Una lección que nos lleva a ser generosos en el elogio a una juventud que despertó, ebria de vida extraña, en su dádiva de emociones. Y el elogio a los que desde el SODRE pudieron hacer verdad esa encarnación artística. Verdadero destino del arte creador. Dar el preciado fruto —que ese sí, no es producto de la edad que está en la flor— convocando para la acción recreadora a la juventud propicia a multiplicarse en el estremecimiento de nuevas vidas.

C. A. HERRERA MAC LEAN.